

El Garbanzo

PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España.—Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuartos.—La correspondencia al Director, Magdalena, 19, principal izquierda.

Una indigestion cada ocho dias.

¡MUCHO OJO!

Advertimos á todos los corresponsales de provincias con el debido tiempo, que solo recibirán el número correspondiente á la primera semana de Setiembre aquellos que antes de su publicacion hayan remitido á esta Administracion el importe de sus cuentas del mes de Agosto.

Decían que se acababa la insurreccion carlista.

Y sin embargo las noticias recibidas en la semana prueban todo lo contrario.

De nada ha servido la vengadora espada del aristocrático Baldrich. A pesar de continuar en Vich todo lo que ha podido, y de poner cara feroz al enemigo,

Las mermeadas facciones prometen darle muchas desazones.

El gobierno, ya se vé, necesita consolarse, y el que no se consuela, es porque no quiere. El partido carlista es un partido muerto, pero como estamos en tiempo de elecciones ha resucitado.

¿D. Manuel, que hay de los carlistas? le preguntaban hace dos días al Presidente del Consejo.

—Hay...

—Qué...

—Hay...

—Qué...

—Hay muchos.

Y se puso á contar por los dedos.

—Partidas en Cataluña, partidas en Asturias, partidas en Navarra y aun en Madrid...

—A mí no me mire V., dijo el gobernador que estaba presente. Las *partidas* que yo tolero son de otra especie.

Apuradillo estaba D. Manuel con estas y otras cosas.

Fué al Escorial, y le dijo á la *jefa* del Estado.

—Señora, la tranquilidad es completa.

—¿Cómo?—dijo ella.—¿Pues y las partidas de Cataluña?

—No hay cuidado. Allí está Baldrich.

—Pero es que la guerra no cesa.

—Pero está Baldrich.

—Pero se nos amenaza con otra dinastía.

—Pero señora ¿y Baldrich?

—¡Caramba, V. todo lo arregla con ese Baldrich!

—Como que no tengo otro.

El presidente del Consejo volvió á Madrid avinagrado.

Telegrafió á Cataluña.

—¿Qué hay de las partidas?

Baldrich contestó:

—Pregúntemelo *vousensia* en catalan, porque así no comprendo.

D. Manuel le volvió á telegrafiar.

—Disuélvame V. las partidas en catalan y acabe usted de marearme en castellano.

Y ni por esas.

La provincia de Cataluña

parece un jardín de flores
toda llena de carlistas
de diferentes colores.

Yo creo que el aumento de carlistas está en razon directa de los adelantos de la revolucion.

O más claro.

Se proclaman los derechos individuales.—Barricadas en Jerez.

Se declaró la libertad de cultos.—Insurreccion carlista.

A medida que pasa el tiempo, aumenta el partido carlista y se multiplican los republicanos.

Yo tengo un amigo que en cuanto está enfermo manda llamar á un médico muy malo, amigo suyo.

En cuanto le dicen.—¡Ahí está el médico, se cura.

Pues algo de esto les pasa á los españoles con don Manuel Ruiz.

En cuanto oyen que manda se echan al campo de prisa y corriendo para que no les alcance el sistema vigente.

Obsérvese que en un barrio hay muchos vecinos que no se conocen, muchas gentes que no se pondrían nunca de acuerdo en ningún asunto; pero un día sueña en el barrio esta palabra:

—¡El cólera!

Y todos los vecinos se reúnen, hablan, combinan los medios de combatir á la epidemia, se aconsejan, se ayudan...

Pues eso ha sucedido ahora.

Dijo uno:

—¡D. Manuel!

Y ya estamos todos de acuerdo.

Los carlistas en el campo y los republicanos en lo firme; unos quieren curarse el cólera con petróleo, otros con ligaduras; todo hace falta.

Cuando empezó la insurreccion carlista aseguró el Gobierno anterior que la cosa no tenia importancia; entró á mandar el Gobierno actual, y aseguró que en muy pocos dias acabaria con los insurrectos.

Y la guerra civil continúa, y cunde la alarma, y sufren los pueblos, y raueren los españoles...

Pero no hay que culpar de esto á los partidos extremos. No hay que echar toda la responsabilidad de los estragos de la guerra al partido que la ha comenzado. El país que no puede prescindir de la pasion política, se inclina á los partidos extremos buscando el remedio heroico que cure á la nacion de tantos males.



Desengáñese V. En cuanto se cierran las hórcherías, cae el Gobierno. Estas situaciones no duran más que los veranos.

SERVICIO OBLIGATORIO

DIVERSION BARATA

Contribuyente amigo, ¿en qué está V. pensando? No piense V. en eso, que no tiene importancia ninguna.

Hasta hoy ha sido V. el pagano.

Desde hoy va V. á ser otra cosa.

¿Se asombra V.? Se queda V. mirándome, como preguntándome.—¿Qué pasa?

Yo estoy en autos.

Un rumorcillo insignificante, que en su origen no era nada, ha ido tomando cuerpo y alma poco á poco.

Es una idea nueva.

Una idea militar (ya comprenderá V. que no se le ha ocurrido al general Córdova).

La idea es grande. Abarca la Península de cabo á rabo.

Se trata nada ménos que del servicio militar obligatorio.

Más claro.

En la mente del Gobierno ha brotado la idea de hacernos á todos soldados.

Esta especie se discutirá en el próximo Congreso.

Becerra presentó un proyecto sobre esto el año pasado.

Aquel proyecto que parecia nada, va á ser algo desde el momento en que el Gobierno se encuentra sin soldados.

Han licenciado al ejército estos dias. Han oido que el país les pide la abolición completa de las quintas, y han dicho—Supuesto que no debe haber quintas, obliguemos á todo el mundo á hacer el ejercicio.

¿Tiene V. hijos, querido amigo?

¿Es V. menor de cuarenta años?

Prevéngase V. que no va V. á tardar mucho á cojer el chopo.

El proyecto se discutirá, se aprobará, como que resulta sumamente barato.

Ahora paga V. su contribucion para mantener al ejército. Despues el ejército será V. mismo y la contribucion se aplicará á otra cosa.

¡Qué gusto será vernos todos convertidos en tropa!

Cualquiera creará que nos amenaza una invasion extranjera.

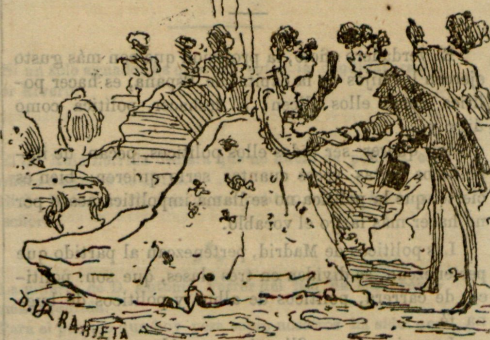
Tranquílcese V. Lo que nos amenaza es una nueva remesa de progresistas que viene por ferias.

Contribuyente amigo, dígame V. á su señora que se prepare á vivir en perpétua zozobra. Dentro de pocos meses será V. cabo.

La patria agradecida y convertida en regimiento, se pone en guardia.

Nuestros suscritores no se enfadarán si en el nuevo proyecto les llamamos tropa.

¡No está mala tropa la que piensa en tales tonterías!



—¡Adios, condesa!
—¡Agüé, señor marqués.
—¿Y el conde?
—Está en el obrador. ¿Y la marquesa?
—Se ha ido al río.

LA VUELTA

Biblioteca de Comunicació

Ya, señora, estoy aquí

Muy bien venido seas

que harlo la ausencia senti.

Algo demudada estás.

¡Es que estoy muy triste!

De mi ausencia los pasajes

son muy largos de contar,

vengo aburrido de viajes.
Haced, señor, despedid
á vuestros abocerrajes.
(Se retiran los machacantes. Pausa.)

Ya sabeis como marché
sin saber cómo ni á qué
llevado de radicales,
y que en el mar me bañé
para alivio de mis males.

Mis carísimos vasallos
tienen en las manos callos
de aplaudirme sin cesar
me tuve que presentar
en pelota por gustallos.

Por donde quiera que fui
recibí muestras de afecto
como hasta entonces no vi.
—¿Habeis hecho buen efecto?
—Se me figura que sí.

Y este entusiasmo que voy
desarrollando hasta hoy
cuando nadie lo pensara,
no ha sido por ser quien soy
sino por mi buena cara.

¿Quién os hubiera hecho ver
aquel pueblo alborozado
que sin dormir ni comer
me aclamaba en Santander
y me aplaudía en Bilbao!

El gran partido ha encendido
faroles que como soles
en honor mio han lucido;
¡yo no conozco un partido
señora, de más faroles!

El verde en rico ramaje
ha sido el gran homenaje
que en mi memoria se pierde.
Aquello ya no era viaje
aquello era darse un verde.

(Se continuará, pues por esta vez no se ha recibido más inspiración. ¿Qué servicio de correos?)



La pesadilla del general Córdova

POLÍTICA AL POR MENOR.

El verdadero oficio, la profesión que con más gusto ejercen los hijos de la capital de España, es hacer política como ellos dicen, ó deshacer política como digo yo.

Por querer ser todos ellos políticos, pecan de impolíticos tantas veces cuantas serlo quieren: bien es cierto, que la política no se llama impolítica acaso por no hacer más largo el vocablo.

Los políticos de Madrid, pertenezcan al partido que pertenezcan, se dividen en tres clases, que son: políticos de carrera, políticos de albur y políticos de buena fé.

Los primeros se afilian á un partido que les conviene; lo abandonan cuando deja de convenirles, y concluyen por declararle la guerra cuando otro partido les hace proposiciones más ventajosas.

Si se sientan en los escaños del Congreso, votan con la mayoría cuando esta les paga bien, y está asegurada de incendios; porque si amenaza ruína, votan con la minoría, aun cuando solo sea para irse haciendo terreno.

De estos diputados puede decirse al ménos, que si no son constantes, son previsores, y váyase lo uno por lo otro: aunque bien mirado, no porque sean inconsistentes dejan de ser constantes, porque tanto puede tener de constante la inconstancia, como la constancia de inconstante.

Entre estos diputados los hay *monosílabos*, es decir, que hacen su carrera con el *sí* y con el *no*, y los hay que charlan por los codos, aunque la mayor parte de las veces no sepan lo que se dicen.

Pero tanto á los unos como á los otros, lo que es á vista no les gana un ave de rapina, y á olfato, no hay perro perdiguero, aunque sea de casta inglesa, que pueda igualarles.

Los políticos de albur, son ya otra cosa muy diferente.

Se contentan con un destino de tal ó cual sueldo, hasta el de treinta mil reales, y cuando entra un nuevo ministerio que los deja cesantes, hablan ó escriben pestes de él hasta que los coloca de nuevo.

Entonces no tienen más que alabanzas para los hombres que ocupan el poder, y les quitan el pellejo á aquellos que por vez primera les dieron una credencial.

Pero vuelven estos de nuevo, porque en España se ven cambios así dos ó tres veces al año, y si los respetan, hablan pestes de los anteriores hasta que se vuelve otra vez la tortilla.

Los políticos de buena fé, son aquellos que nada ambicionan sino que manden los suyos, aunque verdad diciendo, los mismos beneficios les reportan los unos que los otros.

No tratan generalmente á ninguno de los hombres importantes de su partido; los conocen solo de oídas, y lo más, lo más, de haberlos visto alguna vez en la calle.

Los políticos de buena fé, suelen ser más liberales que Riego; defienden con calor sus ideas, y se lanzan á las barricadas con el valor de atletas, derramando en ellas su sangre, por colocar en el poder á los jefes de su partido, que acaso luego se desdennan de hablarles.

Por tener un fusil en su casa, con entera seguridad, son capaces de dejarse cortar las orejas.

Soportan la tiranía más cruel, siempre que se les dé en nombre de la libertad.

En los días de fiesta no se cambian por el Bey de Túnez, mientras puedan lucir por calles y paseos un uniforme.

En resumen: en la procesion política, los políticos de carrera son los encargados de la custodia, los de albur se agrupan en derredor del palio, y los de buena fé llevan los palos.

Entre los políticos de alto bordo, ó sea de carrera, se celebran reuniones en las cuales se trazan unos y otros la conducta que han de observar con los hombres que ocupan el poder.

Tal ó cual diputado le indica *sotto voce* á tal ó cual otro, que en la próxima sesion va á dirigir una interpelacion al ministro de Hacienda, sobre un cigarro de á tres cuartos que se ha fumado en la tarde anterior.

—Sí, añade, porque yo, maldito lo que debo al señor ministro: figúrese V. que hace ya más de un mes que pedí una credencial de veinte mil reales nada más para un sobrino mio que ha cumplido ya diez y nueve años, y que además ha estudiado latin; y esta es la hora en que el señor ministro no me ha dicho una palabra.

El de la interpelacion sabe que el otro es amigo del ministro, y que el amigo del ministro ha de advertir al ministro lo de la interpelacion.

Y al día siguiente á las diez de la mañana, ¡tilin! ¡tilin! un ordenanza del ministerio en casa del de la interpelacion.

—¿Vive aquí D. Fulano de tal?

—Sí señor.

—Esta carta.

El de la interpelacion la toma, la abre y se encuentra con lo siguiente:

«Sr. D. Fulano de Tal:

Amigo mio y compañero: tengo sumo gusto en mandar á V. la credencial que se sirvió pedirme para su recomendación, y le suplico que se digne dispensarme, si á causa del arreglo de esta secretaría, no he podido complacerle antes.

Sabe V., sin embargo, que siempre se honra en servirle, su afectísimo, etc.»

¡Pataplum!... Adios interpelacion, hasta que se ofrezca otra cosa.

Los políticos de albur hacen otra clase de política, por ejemplo, en un café.

—¡Adios, chico! qué caro te vendes.

—¡Hombre, siquiera por no parecerme á los hombres de tu partido que se venden por cuatro cuartos!

—¡Ya empiezas con lo de siempre!

—No, tú has empezado: además, no he dicho más que una verdad.

—Una calumnia, querrás decir, porque los hombres de la situacion no se venden por cuatro cuartos, ni por ocho, ni por real y medio.

—¡Pues hombre, no decias eso hace un mes!... bien es cierto que como te han empleado...

—¡Y como á ti te han dejado cesante!...

—¡Pues ahí tienes!

—Pues ahí tienes tú tambien.

—¿Qué hay de cosas, chico?

—En Vallecas tiros, en Ciempozuelos palos, y en Pinto cachetinas.

—¿De veras?

—Acabo de leer los partes.

—¡Si esto no puede seguir así!

—Pues es claro, hombre.

—¡Está haciendo el Gobierno cada disparate!...

—Dímelo á mí.

—¿Sabes á quién le han dado mi plaza?... A un hijo del diputado por Canillejas.

—¿Como que tiene el padre alcalde! Tambien la mia se la han dado al primo de la mujer del director.

—¡Si esto no tiene soldadura!

—¡Pues es claro! ¿Qué ha de tener!...

—¡Va á haber el mejor día una, que no quede tite-re con cabeza.

—Lo que es aquel día no será yo de los últimos.

—Ni yo, y eso que están empeñados en reponerme, pero...

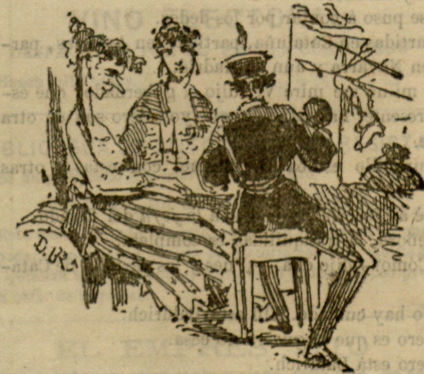
—¡Toma! Tambien á mí.

—¿Y vas á aceptar?

—¿Aceptar yo?... ¿Yo? ¡Primerot!... ¡Ay, si no fuera porque tengo mujer!...

—Como yo.

—En fin, chico, Dios dirá.



ATRÁCATE PAVO.

Dentro de muy poco

tendremos belén

y habrá cada palo

que tiemble Luzbel.

Los que hoy hablan gordo

tendrán que correr

y en los ministerios

van á sudar pez.

La tormenta amaga,

despáchese usted,

¡Cargue usted la mano,

señor don Manuel!

—

El día que menos

se lo piense usted

amaneceremos

á todo lo ver

Al que tenga frío

se lo harán perder

y han de calentarle

como yo me sé.

Dese usted prisita

que se acaba el mes.

¡Cargue usted la mano,

señor don Manuel!

¡Qué susto tan gordo
deben de tener
los que se han comido
esto, por los pies!
Pensar que en un día
puede suceder
que los apabullen
en un dos por tres!
En el entretanto
vamos a comer.
¡Cargue usted la mano,
señor don Manuel!

Si hay un ríñón
como es de temer,
quien será el culpable
quisiera saber.
Los que han pregonado
su desfatez
engañando al pueblo
dos años y tres.
Como haya jarana
yo espero esta vez
muchas desazones
para quien yo sé.
Pero mientras llega
¿quién pierde la fé?
¡Cargue usted la mano,
señor don Manuel!

UN PASEO POR LOS PRESUPUESTOS

¿Cuántos caballos mantiene la nación?

Paga el Estado 80.000 raciones de cebada; pero como no tiene el ejército para los usos de la guerra más de 20.000 caballos, resulta que se comen 60.000 raciones de cebada entre varios caballeros.

De aquí, sin duda, proviene que nuestro ejército, salvo honrosísimas excepciones, no sea tan ilustrado como fuera de desear.

Paga también este desventurado país un ejército relativamente numeroso y caro, y no falta quien duda que las cantidades que el Erario satisface no se distribuyen como está mandado.

Pero de esto no hablaremos, porque dentro de poco quedarán abolidas las quintas, y la fuerza armada será otra cosa muy distinta.

Vamos a otro ministerio, caro contribuyente.

¡Pero no me acordaba! Estamos en días de elecciones y no habrá un empleado en las oficinas.

Otro día nos cogeremos del brazo y recorreremos despacio algunos centros oficiales y se te figurará estar en el Museo de Historia natural.

¡Tantos son los sapos y culebras que has de ver!

La situación del país exige con urgencia medidas salvadoras.

Hé aquí algunas de las más indispensables:

En el ministerio de la Gobernación.

Suprimir todos los gobiernos de provincia.

Sustituir los gobernadores con unas urnas de nueva invención, que hagan solas las elecciones a gusto del Gobierno.

En el ramo de sanidad, abolir los médicos y declarar intransfrible la existencia humana.

Guerra. Alquilar nuestros generales al rey de Prusia, reservándonos a Milans y Baldrich. Con los ingresos que esto daría al tesoro, pagar la deuda y comprar armamento para todos los españoles que deberán ser soldados, cuando se supriman las quintas.

Gracia y Justicia. Se declararán abolidas las deudas, adoptándose un vistoso uniforme que vestirán todos los ingleses, compuesto de garibaldina encarnada, gorra de pelo y botas de montar.

En Hacienda. Suprimir todas las contribuciones estableciendo un impuesto único sobre los títulos y condecoraciones.

En Ultramar. Formar un batallón con todos los ex-diputados y ex-ministros, y mandarlos a colonizar Fernando Póo.

DEBAJO DE LA CAMA

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación.)

CAPÍTULO II.

La señora de Melonar.

Hemos dicho ya que Concepción era bella; pero dejaríamos de ser novelistas si no nos permitiésemos hacer siquiera un ligero retrato de este personaje. Allí va.

Concepción era una polla de Madrid en toda la extensión de la palabra.

Palida, de poca estatura, de ojos negros, muy negros y de cabellera negra también. No aseguraremos que la suya propia fuese muy abundante, pero es lo cierto que en la apariencia tenía el cabello más hermoso de cuantos se ostentaban en la Fuente Castellana.

La peinadora aseguraba, sin embargo, que Concepción era mujer de poco pelo, en el buen sentido de la frase.

La boca de Concepción era una de esas bocas de labios delgados, finos, rojos como la grana, y que se prestan tanto a las sonrisas burlescas.

En resumen: Concepción con su aire naturalmente gracioso, sus piecitos calzados de la manera más arrebatadora y sus manos llenas de hoyuelos capaces de trastornar la cabeza al menos observador de esos extremos, era lo que se llama una muchacha bonita, una de esas jóvenes que solo pierden al lado de una mujer hermosa, de una de esas mujeres que lo llenan todo, que atraen todas las miradas, que saben reconcentrar en sí la atención de una multitud indiferente.

Creemos que nuestros lectores se habrán hecho ya cargo de las dotes físicas de nuestro personaje, o *personaja*, como diría una señora que yo conozco, y que aseguraba haber sido testigo de una boda.

Pues bien, con todas esas condiciones de belleza que poseía Concepción ¿se comprende su casamiento con don Frutos?

Sí, dirá el lector, se comprende, porque D. Frutos era rico; pero el lector en ese caso se lleva un solemnisismo chasco; pues en lo que menos había pensado Concepción, al decirle que sí, era en su capital, que a su juicio no constituía más que una fortuna de esas que no sé por qué se llaman así. Concepción se casó con D. Frutos a los diez y nueve años cuando aquel contaba ya treinta y dos, y se casó enamorada, pero enamorada perdidamente, también en el buen sentido de la palabra.

¿Y de qué dirán Vds. que se había enamorado la buena muchacha? ¿De la nariz de D. Frutos?

Después de saber esto, dígame cualquiera si puede existir persona que conozca a fondo el corazón de la mujer.

Voy a echármelas de filósofo un rato.

«El corazón de la mujer es un abismo a cuyo fondo no ha llegado nadie.»

«Si fuera posible comparar el corazón de todas las mujeres, desde Eva inclusive, no se encontrarían dos iguales.»

«No hay microscopio que aumente lo bastante a la vista el corazón de la mujer para observar sus detalles.»

Estos pensamientos colocados en esa forma, adquieren cierta importancia que acaso les valdrá algún día el figurar entre las máximas o las ideas sueltas de los sabios, que suelen publicar los periódicos muchas veces, algunas para descredito de aquellos buenos señores, que dijeron tonterías de tomo y lomo.

Pero la forma influye mucho, caro lector, y si yo en el fondo del texto hubiese colocado esas mismas sentencias, seguramente no habrías reparado en ellas.

Después de esta pequeña digresión, vuelvo a cojer el hilo de la narración suspendida para repetirte que la joven de que íbamos hablando se enamoró de las narices de D. Frutos.

Digamos ahora cómo nació este amor.

Ya sabemos el efecto que producía generalmente la prominencia nasal de D. Frutos, vista en circunstancias comunes; figuremos ahora el efecto pernicioso que lograría producir en circunstancias extraordinarias, como por ejemplo, cuando tendida por un color purpúreo aparecía, aun mayor, si mayor era posible que apareciese.

Una noche de invierno D. Frutos fué invitado por un amigo suyo a asistir a una reunión de confianza.

El carácter de nuestro héroe era poco a propósito para la sociedad: retraído, ensimismado, pasaba su existencia pensando en sus narices y en su apellido, casi avergonzándose de presentarse en público y buscando siempre paseos solitarios donde entregarse a meditaciones y monólogos que, si hubiera seguido mucho tiempo, le habrían conducido a un manicomio.

Pero la noche a que nos referimos, D. Frutos había bebido dos copas de rom de la Jamaica, con objeto de ver si se le quitaba un dolorcillo que se le había fijado en el costado iz-

quierdo, y el hombre, poco acostumbrado a semejantes bebidas, se había sentido con una animación, un humor tan alegre y un olvido tan completo de su apellido y de sus narices, que se lanzó sin inconveniente a la tertulia de confianza donde su amigo quería presentarle.

El rom había coloreado extraordinariamente la nariz de don Frutos, que aquella noche estaba verdaderamente epica. El efecto que produjo en la reunión fué asombroso.

Pero aquella noche D. Frutos no notaba las sonrisas que se dibujaban en todos los labios comprimidos para evitar la explosión de la carcajada próxima a romper la valla de las consideraciones sociales.

Y D. Frutos aquella noche, como pudo estar inoportuno por efecto de aquellas dos copas que en él eran exceso de bebida, estuvo hasta gracioso. ¡Gracioso él, que si bien había hecho reír a tanta gente, aun no había concebido el más embozado chiste!

Pues sí, señor; estuvo graciosísimo, y tuvo la feliz ocurrencia de burlarse de sus narices con frases tan oportunas y chispeantes, que le creyeron en la tertulia el hombre más bromista de los nacidos.

Hasta preguntaron al amigo que le había presentado si don Frutos era poeta, y tenía la imaginación de una ostra!

Concepción era una de las personas que se encontraban en la tertulia, é indudablemente en la que más efecto hicieron las narices de Melonar.

Las mujeres como Concepción suelen ser extremadamente sensibles a ratos, y por casualidad aquel en que vio a don Frutos por vez primera fué uno de esos ratos de sensibilidad extremada.

La risa que vio dibujarse en todos los labios cuando se presentó en la sala D. Frutos, hizo vibrar en Concepción la cuerda más sensible; y sintió lástima hacia aquel hombre y fué la única que no vio cuando el desgraciado Melonar lanzó a sus propias narices todos los epigramas imaginables.

Concepción había adivinado en un momento el carácter de D. Frutos y comprendió que aquella alegría que los demás tomaron por natural, era efecto de alguna excitación extraordinaria.

Fíjese también en el amigo que había presentado allí al narigudo héroe de esta historia, y vio la satisfacción con que unía sus carcajadas a las de los otros, gozoso de haberles proporcionado un rato de placer a costa de las narices de un prójimo.

Desde aquel instante el amigo de D. Frutos fué antipático a Concepción.

Esta que, como dijimos antes, había permanecido seria entre la alegría general que D. Frutos había inspirado, llamó la atención de este, precisamente por su seriedad, y animado aun por los efectos del licor, que ya iban perdiendo algo de su primitiva fuerza, se sentó al lado de la que algunos meses después había de ser su esposa.

Y la fisonomía de esta, su mirada, toda ella en fin, produjeron en Melonar un efecto que hasta entonces no había sentido nunca, tal vez porque nunca había estado tan cerca de una mujer bonita.

Aquel hombre, momentos antes tan decididor, fué poco a poco tornándose como era en realidad, y acabó por sentirse despedido, y sin saber por qué, todos sus esfuerzos no bastaban a separar sus ojos de aquella mujer que había encendido en su pecho la llama de un amor verdadero.

Esta línea de puntos suspensivos, sustituye a las consideraciones que podríamos hacer respecto al amor de D. Frutos y que suprimimos en obsequio a la brevedad y a los lectores.

(Se continuará.)

Ni un solo aguador ha querido votar la candidatura del señor Rivero.

El Sr. Ruiz Zorrilla declara que no habla de política con la señora duquesa de Prim.

El Sr. Ruiz Zorrilla deja de ser político cuando habla con las señoras.

La muerte de D. Antonio Ferrer del Río ha sido generalmente sentida.

Para el partido que hoy pesa sobre nosotros ha sido una verdadera pérdida.

Era uno de los poquíssimos radicales que sabían leer y escribir.

Los dueños de ciertos establecimientos deben tener cuidado al colocar juntos en los escaparates objetos de diferente especie.

En cierto escaparate hemos visto una fotografía del Presidente del Consejo, y debajo una tarjeta en que dice:—No más chinches.

La gran duquesa ha regalado al general Córdova una magnífico sable para exterminar carlistas.

Dicen que es el sable de su papá.

Al llegar el rey á Madrid pensó en ir al teatro, y le preguntó á cierto personaje político qué novedades hacían en los teatros.

—No vaya V. M. al jardín del Buen Retiro, porque hacen una obra llena de alusiones.

—Iré, pues, á Rivas.

—Tampoco se lo aconsejo á V. M. porque hacen otra pieza...

—Pues irá á Capellanes.

—¡Oh! Allí ménos.

—¿Tampoco? Pues vaya hombre, baile V. un poquito que estoy triste.

El personaje bailó hora y media y le han dado una cruccecita de Carlos III libre de gastos.

¿Que le parece á V. el plan financiero de Gasset?

—Pst... ¡haga V. silencio! ¡no se oiga! ¡no se oiga!

Y que me dice V. del pago de las famosas cuentas de la expedición de Méjico y de la evacuación de Santo Domingo. Francamente, eso de la evacuación del santo, me huele muy mal.

¿Ha visto V. cómo va cundiendo la mania de las insurrecciones?

La conspiración que se ha descubierto en Portugal en el pueblo de Angola, creo que era grave.

Nada de eso, debe ser cosa de cuatro gatos.

La Diputación de Badajoz ha creado una pensión para el estudio de la pintura. ¡Bien por esa Diputación, que gasta su dinero en algo útil, en algo que no es político!

Los opositores han sido dos: el joven Sr. Mejía, y otro de cuyo nombre no me acuerdo.

Los trabajos de Mejía dicen á gritos: «¡Aquí hay un artista!» ¡Qué dibujo tan corrector! ¡Qué brillantez y qué vigor de colorido!

El otro, al pintar su boceto sobre el tema de Doña Juana la Loca, nos ha revelado un secreto de tocador de aquella señora, y es que se ponía corona para entrar en la alcoba de su difunto esposo. ¡Ya se vé, como la infeliz estaba loca, no hacía más que disparates!

Cierto caballero pedía hace muy pocos días el ascenso de un teniente, al general Córdova.

No puede ser, contestaba este, porque hay otros cuatro delante de él en el escalafón y pondrían el grito en el cielo. Pues ascienda V. á los cinco.

Pero eso es una enormidad; en primer lugar ninguno de ellos ha entrado en acción y aparte de esto, los discursos de Zorrilla, las economías, la disciplina, etc. etc. etc. en fin que no puede ser.

Pero mi general, V. no se acuerda de aquel que no creía en la Santísima Trinidad y le convencieron diciéndole: á tí que te importa que sean tres personas distintas ó una sola verdadera si no las tienes que mantener?

Tiene V. razón. Está V. servido.

La redacción del GARBANZO da la enhorabuena á los agraciados y el pésame á los contribuyentes.

Dicen que viene el diluvio.

Sin embargo, la dinastía no peligrará.

Se salvará en el arca santa de las libertades públicas, con un par de radicales de cada especie.

La casa de Saboya agradecida ostentará en sus armas, además de la cruz, el lema:

MANOLUS TERTULIAQUE PROGRESISTA.

El primer proyecto de ley que se presentará á las Córtes dirá así:

Artículo 1.º Quedan abolidas las quintas.

Art. 2.º Se exceptúan de la demolición, las que radican en Tablada, Vico, etc., etc.

¡Abajo las quintas! ha dicho Zorrilla.

Decididamente, el Gobierno no quiere quintos, lo que quiere son cuartos.

Hace tiempo que se piensa en condecorar con el Toison al Sr. Ruiz Zorrilla.

Dícese que la dificultad que ha habido para ello hasta

ahora, ha sido no encontrar un borrego del tamaño conveniente.

Parece que están cebando uno apropiado en Tablada.

En todo caso, podría sustituirse con un buey.

También se ha pensado en darle un título.

Y tampoco se ha realizado esto, por no haberse hallado la denominación.

Unos querían que se titulase, *duque de las Raíces*, por ser jefe del partido radical.

Otros *marqués de Ruiz*, por su ilustre apellido.

Hay quien cree que podría llamarse *Baron de la Castaña*.

El Sr. Echegaray, á quien querían nombrar *conde del Quemadero*, ha tenido la molestia de contentarse con que le llamen *el caballero de la triste figura*.

La escena pasa en el ministerio de Hacienda. El Director del Tesoro entra todo sofocado en el despacho de D. Servando.

—¿Qué ocurre? dice este.

—¡Una desgracia! Que faltan 6 reales para pagar una carpeta y no sé de donde sacarlos.

—¿Y qué hacemos?

—No sé.

Después de una pausa en que D. Servando hace como que piensa, exclama:

—Mande V. en seguida á un portero al ministerio de Ultramar, y que le pida los 6 reales de mi parte á Gasset; que ya debe haberlos producido el empréstito de Cuba.

A consecuencia del fallecimiento del Sr. Ferrer del Río, ha quedado vacante una plaza de Académico de la Lengua.

Hemos oído decir que algunos socios de la Tertulia habían pensado en proponer para ella al Sr. Ruiz Zorrilla.

Este parece que dijo:

—Académico de la Lengua? ¿Y para qué quiero yo eso? ¡Si al ménos fuera Académico del estómago!

Nuestro corresponsal de Aguas-buenas nos dice que el ministro de Ultramar piensa dictar un decreto mandando teñir de blanco á los negros. Con esto se resolverá inesperadamente la cuestión de esclavitud y nadie verá entonces puntos negros allende los mares.

PROBLEMA.

Preguntada una señora cuántos años tenían sus tres hijos, contestó:

Repetidos los del mayor tantas veces como el producto de los del menor por el mediano resulta la edad que tienen entre los tres, y todos ellos tienen un número exacto de años.

¿Qué edad tenía cada uno?

(La solución en el número próximo.)

FUGA DE CONSONANTES.

a. i. o. j. a. e. a. a. o.

a. e. i. a. e. e. u. e. a. a. i. o.

e. o. a. a. a. e. a. o.

u. e. i. e. a. i. e. e. i. o.

e. i. e. o. e. a. e. e. e. o.

(La solución en el número próximo.)

Solución á la fuga del número anterior.

Creced y floreced, plantas hermosas,

creced y floreced, y alzando al cielo

esas ramas sonantes y frondosas,

bañad en dulce lobreguez el suelo.

CHARADAS.

1.ª

A primera con segunda se dirijen los peetas

cantándole sus amores

sus celos y otras linezas:

Para mayor claridad

tercia y cuarta en griego encuentran

y significa un señor,

que no es un señor cualquiera.

Mi todo en la antigüedad

fué calamidad tremenda,

que cayó sobre un gran pueblo

en ocasiones diversas.

2.ª

En mi primera hay la mar;

mi segunda me incomoda;

y el todo sin ser gentil

crucifica á España toda.

3.ª

Mi primera es letra en griego

y en España es orador;

mi segunda, consonante

y señal de negación;

mi tercera no me deja

descansar, porque es atroz

y mi cuarta el alfabeto

la tiene, y la bebo yo.

Prima y segunda la usan

en una cierta función,

y en otra suelen usar

prima y terciá que da horror.

Mi todo cruje al comerlo

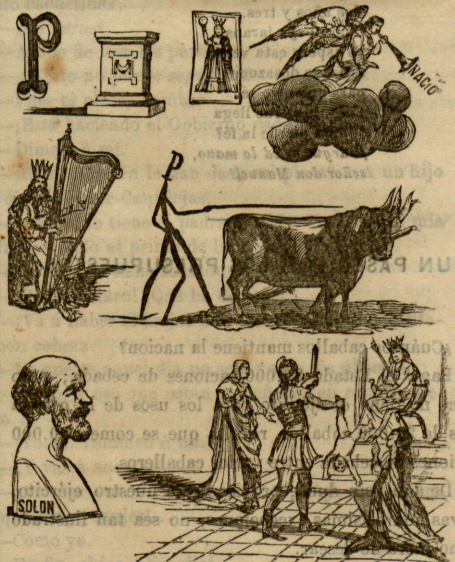
como si fuera carbon,

y es además de un periódico

conocido, director.

(La solución en el número próximo.)

GEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)

Solución al gerooglífico del número anterior.

Pobre de mí

que me miré en la fuente;

y en su pura corriente

la muerte ví.

Fué resuelto por D. M. Izquierdo (Valladolid.)

Solución al logogrifo del número anterior.

Desamortización.

«Correspondencia particular de El Garbanzo.»

San Roque.—D. Juan Manuel de Piña.—¿En qué provincia reside usted?

Talavera de la Reina.—D. B. R.—Se le remitieron seis del 1.º, 2.º y 3.º y 82 del 6.º

Valladolid.—D. F. P.—Pagando adelantado se le enviarán.

ANUNCIOS

ACEITE DE HIGADO DE CONTRIBUYENTE.

Encargados de su extracción y venta todos los recaudadores de contribuciones.

Eficacísimo para curar las afecciones del estómago producidas por el abuso del presupuesto.

UN MAESTRO DE ESCUELA CON HAMBRE ATRASADA.

da de 28 meses desea encontrar cualquiera colocación, aunque sea de ama de cría.

Tiene personas que no le abonan.

PÉRDIDA.

Se ha extraviado una gran cruz de Isabel la Católica. Su dueño, que es progresista, dará el hallazgo al que la presente en la Tertulia de la calle de Carretas.

M. PETIT RENARD

DENTISTA DE CÁMARA

Saca las contribuciones sin dolor, limpia el comedero á los empleados antiguos, extrae de las urnas todos los votos que no convengan, y es inventor de un elixir de raíces de alcornoque para afilar los colmillos que han de roer el presupuesto.

MADRID: 1872.

Imprenta á cargo de J. E. Morete, Aguardiente, 6.